

MATILDE DE ORLEIM:

COMEDIA EN TRES ACTOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS

TITULADA

MATILDE DE ORLEIM:

TRADUCIDA LIBREMENTE,

y arreglada á nuestro teatro

POR

D. GASPAR ZAVALA Y ZAMORA:

REPRESENTADA

EN EL COLISEO DE LOS CAÑOS

DEL PERAL.



MADRID:

POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑIA.

1804.

Se hallará en su librería calle de las Carretas.

ACTORES.

EL CONDE DE ORLEIM, Padre de..

MATILDE.

AMELIA, Aya de Matilde.

ERNES, sobrino del Conde.

Mr. HERMAN, Amigo del Conde.

EL VARON DE VODMAR.

LUISA. } Criados.
FELIPE. }

CARLOS, Lacayo.

VARIOS CRIADOS DEL CONDE.

La escena fixa, en un salon de la Quinta de Orleim, bien adornado, con una papelera á un lado, y varios sitiales.



MATILDE DE ORLEIM.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Felipe y Luisa.

Fel. Con que, señora Luisa,
¿el asunto es concluido?
Luis. Del todo, señor Felipe.
Fel. Pero ¿no será preciso
notario que lo autorice,
ni escritura, ni testigo? *con ironía.*
Luis. Está la fidelidad,
vinculada hace mil siglos
en mi familia.
Fel. ¿Y tambien
el vínculo susodicho
llama á las hembras?
Luis. Tambien.
Fel. Cosa es, que no habia oido.
En fin, hoy llegará el amo
de Berlin, segun su aviso:
le dexaré descansar

dos horas: luego le embisto:
le digo nuestra intencion:
La aprueba al instante mismo:
te da un dote : nos casamos,
y á poco , todo este sitio
poblamos , de esa preclara
extirpe , que tantos siglos
tuvo la fidelidad
vinculada.

Luis. Yo te afirmo,
que el plan es bien lisonjero;
pero las líneas, amigo,
están tiradas al ayre.
Supon tú , que el Conde vino
para poquísimas gracias:
que sabe nuestro cariño:
nos despide : falta el dote:
y acaba , sin mas motivo
en mí , la preclara extirpe.

Fel. El señor Ernés , sobrino,
y queridito del amo,
interesarse ha ofrecido
por nosotros , y . . .

Luis. Sí ? Pues
lo habrá todo, porque el tio
hará qualquier heregía,
si lo pide el señorito.

Fel. No lo haria por Matilde.

Luis. No : seguro está : te afirmo,

que cada vez, que en el dia
á la pobrecilla miro
encarcelada en su quarto,
sin que el padre haya querido
verla, en cerca de seis años:
vaya, yo me desatino.
Fel. Eso no mas? ¿Y la órden
de que por ningun motivo
se la nombren, ni le hablen
de ella, y su madre?
Luis. Pues digo,
¿y esa gran reja de hierro,
con que se cerró ayer mismo
el corredor, que separa
su quarto, del que han tenido
siempre Matilde y Amelia?
Fel. De nada de eso me admiro
tanto, como de que nombre
por su heredero, al sobrino,
y desherede á su hija.
No, pues ello, hay escondido
algun duende; porque el amo
es amable, es compasivo,
y sensible; y quando trata
con el rigor que hemos visto
á su hija misma::: no, aquí
hay misterio.
Luis. Amigo mio,
es fuerza que vmd. aprenda

á calcular, ó en castigo,
se quedará con sus dudas
otra vez. Vmd. ha oido
que se casó el señor Conde:
que despues le fué preciso
hacer un viage: que á poco
se volvió, y sin dar oidos
á su esposa Carolina,
la envió á su viejo castillo,
donde murió, sin volver
á ver mas á su marido,
por mas que lo pretendió.
Que luego traxo á este sitio
á Matilde, y que la trata
peor que un perrazo Argelino
puede tratar á un esclavo.
Ahora bien, quien tanto quiso
á su esposa, y á su hija
ántes del viage maldito,
y despues hace todo esto,
¿qué nos da á pensar?
Fel. Yo digo,
que á no ser que la Condesa,
tuviese ... nada malicio,
la verdad; pero ya ves,
como yo sé los caprichos
de las mugeres, pudiera...
Luis. Muy bien; los hombres de un juicio
recto, calculan así,

señor Felipe: mas digo,
sin creer, que en la Condesa
cupo el mas leve delito:
porque hasta ahí llegarian
las chanzas. Lo que imagino,
y lo que pude entender
de Amelia, que fué el archivo
de la difunta Condesa,
es, que por algun indicio
llegó á alucinarse el Conde,
y sin buscar mas testigos,
creyó... que sé yo que cosas,
de su muger.

Fel. Pues Tarquino
no hiciera mas. Mira, Luisa,
mucho le quiero, lo digo;
pero al ver lo que está haciendo
con la señorita, brinco
de corage.

Luis. Lo peor
es, que su amado sobrino,
ni la respetable Amelia,
ni el señor Herman, su amigo
y confidente, se atreven
á hacer el menor oficio
por ella, porque se pone
furioso. Si lo que han dicho
fuera verdad...

Fel. ¿Y qué es? oyes.

Luis. Que Vodmar está perdido
por Matilde, y solicita
pedirsela al viejo.
Fel. Lindo
capricho, quando le consta
el encono decidido,
que el amo le muestra.
Luis. Ese
es otro arcano. El amigo
mayor que tuvo, fué el padre
de Vodmar, en los principios.
Pero, sin saber por qué,
luego que el Conde se vino
de su viage, él se marchó
á Alemania con sigilo,
y desde entonces mostró
tanta enemistad al hijo.
Fel. ¿Sabes, que voy ya sacando,
por los cabos, el ovillo?
Luis. Que viene el señor Herman.

ESCENA II.

Dichos, y Herman.

Herm. ¡Que siempre juntos os miro!
y la obligacion irá
como Dios fuere servido.

Luis. Ese es el primer cuidado:
despues... ya veis::: es preciso...
Herm. Glosar todo lo que se oye,
y se vé.
Luis. ¿Qué es lo que oimos
ni vemos, si aquí:::
Herm. ¿Y Matilde?
Luis. Como siempre, en su retiro,
hartándose de llorar.
Herm. ¡Pobre jóven!
Luis. Si el judío
del padre...
Herm. ¿Qué hablas, muchacha?
Luis. Digo bien: pues, ¿qué delitos
cometió la señorita,
para que tales martirios
la haga pasar? En llegando
á estas cosas... Vaya, el juicio
llego á perder.
Fel. Yo tambien.
Herm. Respeto, señores mios,
que es su amo.
Luis. Ya le respeto;
pero con respeto digo,
que si estuviera en mi mano
repartir los tabardillos,
daria uno al señor Conde,
con el respeto debido.
Herm. Tú estas loca. Luisa, cree,

que aunque no lo descubrimos,
quando obra así con su hija,
tendrá muy justos motivos.
Vé, di á Matilde, que venga
por un instante á este sitio.
Y tú, dile al Mayordomo,
que el Conde, segun su aviso,
llegará dentro de una hora.

Luis. Con que, segun los indicios,
¿entramos en la clausura
de nuevo?

Herm. Será preciso
mientras Orleim esté aquí.

Luis. ¿Se va pronto?

Herm. No lo ha dicho. *con secatura.*

Luis. Vaya, no se enfade vmd.

Fel. Pues yo queria pediros
una gracia.

Herm. ¿Y es?

Fel. Que vos,
que teneis tanto dominio
sobre el amo, le rogueis,
que trate con mas cariño
á la señorita. Ah, si él
conociera los martirios
que pasa, yo le aseguro,
que no estaria tranquilo.

Luis. Haced que la pobrecilla
tenga siquiera el alivio

de verle una vez, besarle
la mano, y...¿lo hareis? Confio
que sí.

Herm. Veremos qué temple
trae.

Fel. Si lo conseguimos,
yo sirvo un año de valde.

Luis. Yo otro: mas tambien afirmo,
que si prosigue en su tema,
ni dos dias mas le sirvo,
aunque me dé sus estados. *vanse.*

ESCENA III.

Herman, y poco despues Amelia y Cárlos.

Herm. He aquí el verdadero estilo
del corazon; á Matilde
aman, sienten el martirio
con que vive, y sin embargo
acriminan el desvio,
y la crueldad del Conde.
A la verdad, yo exâmino
la conducta de Matilde,
y aunque busco los principios
del desamor de sus padres,
no le encuentro. El es mi amigo;
pero es ya tan reservado...

diversas veces le he oido
suspirar, y aun en sus ojos
muchas lágrimas he visto:
le he preguntado el origen,
y ::: nada. " Herman, solo os pido
" que me dexeis con mis penas,
" sin indagar el motivo "
me dice siempre. Con esto,
ya se vé, quedo lo mismo
que me estaba, y no me atrevo
á porfiar.

Amel. Mucho estimo
hallaros tan solo: ¿el Conde
tardará?

Herm. Segun su aviso...
á ver: *sacando el relox.*
las once: á las doce
llegará.

Amel. Pues bien, mi amigo,
aprovechemos instantes:
leed el breve contenido
de esta carta.

LEE. Señora: " el fin de las penas de
" la amable Matilde, y las mias,
" pende acaso en que yo la hable
" una sola vez, ántes que llegue su
" padre. Si os interesa su suerte,
" cumplid el buen deseo de vues-
" tro afecto servidor " = Vodmar. =

Me interesa
sobremanera el destino
de aquesta jóven; es hija
de mi amiga, me ha debido
su educacion, y no hay medio
que yo no abraze, en alivio
de sus penas. Si supiera
que el varon... Yo he conocido
ántes de ahora, su amor
á Matilde: mas su juicio
es tan corto...

Herm. A la verdad,
que los milagros que he oido
suyos, son pocos: lo menos
que dicen de él sus amigos,
es, que es un atolondrado,
disipador: yo imagino,
que estos defectos tendrian
correccion; pero...

Amel. ¿Hay peligro
en que vea á mi Matilde?

Herm. Como sea en este sitio,
á vuestra presencia, y ántes
que llegue el Conde, yo opino
que no.

Amel. Cárlos: di que llegue
Vodmar.

Carl. Voy: no es mal principio. *vase.*

Amel. Algo se ha de aventurar

por mi huérfana. La miro
sin padre, sin otro apoyo,
que el del vuestro y mi cariño,
y sin ninguna esperanza;
pues ya está, segun supimos,
nombrado por heredero
del Conde, Ernés su sobrino.

Herm. Tocasteis una materia...
Dios me perdone el mal juicio;
pero él es causa de todo:
no hay duda; con el designio
de heredar, influirá
contra Matilde á su tio.
Si no ¿cómo era posible
que un hombre tan compasivo
y generoso con todos,
obrára así. Yo lo afirmo.

Amel. ¿Y creeis que un exterior
tan amable... ¡Ah! yo le he visto
suspirar, llorar, morir
de pena á los ojos mismos
de su prima, y...

Herm. ¿Os engañó?
Pues á mí no: he conocido
dias hace sus ideas;
y aunque procuro encubrirlo,
no le quiero bien. Si él fuera
como debia, aunque el tio
renunciára en él sus bienes,

diria ; no los admito.
Pero si , no es tan estrecha
su conciencia.
Amel. Por lo mismo
quisiera. . . Y bien , hija mia.

ESCENA IV.

Dichos , Matilde y Luisa.

Vodmar me pidió permiso
para hablaros un momento,
en su amor , segun indicios.
Vos consultad el estado
en que os veis , y el corto abrigo,
que debereis ya esperar
de vuestro padre. No exîjo
que forzeis la voluntad,
ni que tomeis un partido,
que os pese mañana , y mas
sin obtener el preciso
consentimiento del Conde.
Lo que unicamente os pido,
que le oigais , que mediteis,
y digais á mi cariño
vuestro sentir.
Mat. ¡ Infelice !
solamente este martirio
me faltaba..

ESCENA V.

Dichos, Vodmar y Cárlos.

Amel. No direis,
que no procuré serviros.
Vod. Sois la mejor camarera
que conocieron los siglos.
Luis. La camarera soy yo:
sí señor, para serviros.
Amel. Y yo amiga de Matilde.
Vod. Sea en buen hora. Yo aspiro
á serlo vuestro, y de Herman.
Herm. ¡Oh! no; para serlo mio,
sois muy muchacho. Yo quiero
mas viejos á mis amigos.
Amel. ¿Qué solicitais, Vodmar?
Vod. Amo á Matilde, y aspiro
á su mano. Mis estados,
y mi corazon la rindo.
Si lo admite, me tendré
por feliz, y ella imagino,
que no será desgraciada,
porque yo soy muy festivo,
franco, marcial, complaciente,
generoso, firme, fino,
y nada zeloso, que es
lo mejor en un marido.
Señorita: pese á mí,

levantad esos ojillos
encantadores, y hablad
lo que sintais. Ya habeis visto
mi claridad: mis caudales
sabeis: mi amor os he dicho;
con que lo que falta es, que
digais, admito, ó no admito.
Mat. Oh, que poco se parece
Vodmar en nada á mi primo.
Amel. Y bien, Matilde, ya oisteis
el generoso designio
de Vodmar, resta que vos
sin forzar vuestro alvedrio,
respondais á su propuesta.
Mat. ¿Qué le diré?
Herm. Si yo os sirvo
de embarazo:::
Amel. No, no Herman.
Herm. Pudiera; porque estos chicos
gustan siempre de tratar
tales cosas sin testigos.
Vod. Oyga vmd. no dice mal:
yo á lo menos, como he sido
siempre tan corto de genio,
para enamorar, me explico
mejor mil veces á solas.
Herm. ¡Oh! lo creo.
Vod. Es positivo.
Amel. Esperad.

Vod. Yo lo decia
por si Matilde : :
Amel. Es su amigo
Herman , y su amiga yo.
Mat. Así es : jamás he sabido
reservarle cosa alguna.
Vodmar, en el alma estimo
vuestra generosa oferta;
pero en tanto que esté vivo
mi padre , dependerá
de su gusto mi destino.
Vod. De ese modo ya sois mia.
Amel. ¿Sabeis , que no es vuestro amigo
el Conde?
Vod. Lo sé.
Herm. ¿Sabeis
que se inmuta de improviso,
en oyendo vuestro nombre?
Vod. Lo sé.
Herm. ¿Sabeis que admitiros
solamente en esta casa,
lo tendrá por un delito?
Vod. No importa.
Luis. Veamos pues
si importa lo que yo digo.
¿Y sabeis , que si aquí os halla,
es capaz el señor mio
de hacer , que quatro criados
os arrojen , sin oiros

de lo alto de la torre?
Vod. Señoras, si verdad digo,
no me alegraria mucho,
que me hiciese tal cumplido.
Herm. Pues no os expongais, porque:::
no sabemos el motivo;
pero lo cierto es, que el Conde
siempre horror os ha tenido.
Vod. Digo que no importa nada:
en diciendole al oido
cierta cosa, nuestro Conde
será mi mayor amigo.
Herm. No os entiendo.
Vod. Pues yo sí.

ESCENA VI.

Felipe y los dichos.

Fel. Mi señor, y su sobrino,
que á recibirle salió
esta mañana:::
Amel. ¿Han venido?
Fel. No; pero estarán ahora
á poco menos de un tiro
de pistola de la quinta.
Herm. Por Dios, madama, prestito
retiraos con Matilde,
pues si os viera en este sitio:::
Ya vos lo sabeis. Felipe,

Carlos, Luisa, á recibirlo
corramos.
Amel. Venid, amiga,
y paciencia. Yo confio,
que el cielo ha de dar bien pronto
á nuestras penas alivio.
Mat. Vamos, que pues lo ha mandado
mi padre así, no resisto.
Herm. Vos, si quereis exponeros
á un desayre::: ya os lo he dicho,
no alegueis luego ignorancia.
Vod. Si supieras tú el padrino
que traigo:::No, no tan presto,
que tengo yo que pediros
una gracia.
Luis. Cosa es, que
en mi vida la he tenido.
Vod. ¡Oh! yo sé que teneis muchas
y ... vaya, seamos amigos,
mi señora la criada.
Luis. Seamos.
Vod. Yo sé el cariño
que os tiene Matilde.
Luis. Es cierto;
pero ya veis, no hay peligro.
Vod. Ha tiempo que la servis.
Luis. Como que en este castillo
soy la decana.
Vod. Teneis

con ella mucho partido.
Luis. A veces.
Vod. Ya habeis oido,
que amo á Matilde.
Luis. No importa;
no soy zelosa.
Vod. Yo exîjo
de vos, que favorezcais
hoy con ella mi cariño.
Luis. Aun soy joven.
Vod. Y graciosa.
Tomad pues.
Luis. Ya os he entendido.
Vod. Es que yo soy generoso.
Luis. Ya; pero yo, varon mio,
soy tan desinteresada,
que ni vendo, ni he vendido
jamás un favor.
Vod. No dexa
de ser raro.
Luis. Pues es fixo.
Vod. Sin embargo, vos teneis
talento.
Luis. Pero me han dicho,
que me quedaré sin él,
si le gasto; y por lo mismo,
le guardo, para emplearle
no mas en provecho mio.
Vod. Ranilla es la tal criada.
Carl. Sí, sí, tiene un geniecito:::

pero es honrada de veras.

Vod. A bien, que ya el Conde vino,
y estoy resuelto:::

Carl. Sino:::
ya sabeis, lo dicho, dicho.
Pero cuenta, que no sepan
que danza en esto Carlitos,
porque sino::: sabe Dios
lo que se haria conmigo.
Vaya, apuraditamente,
si yo me ofrezco á serviros,
es, porque la pobrecita
salga de tantos martirios
quanto antes, que sino:::
pues á saber yo de fixo,
que la habia de tratar
el amo con mas cariño,
ó que no pensabais vos
como Dios manda, clarito,
seguro está, que yo hiciera
tal traicion al amo mio,
por todo el oro del mundo.
Pero sin duda ha venido.
A Dios: si no surte efecto:::
Ya sabeis, lo dicho, dicho.
Mas cuenta, con que seais
hombre de bien: sino, digo,
nos veriamos las caras.
Ah, sí; ya está en mi bolsillo

la llave de la otra puerta
del jardin, para el arbitrio
que sabeis: si es necesario
avisar.

Vod. Carlos, estimo
la oferta, porque me puede
ser muy útil. Ya me miro
en la palestra. Ya salen.

ESCENA VII.

Conde y Ernés en trage de camino: Herman, Felipe, Luisa, y Vodmar algo retirado.

Herm. Ya por fin os ha traido
con bien el cielo: ahora venga
lo que quiera.

Cond. Mi querido
Herman, ¿no me dais los brazos?

Herm. Sí señor, sí: aunque os afirmo,
que estaba bien enojado
con vos. Yo aquí consumido
por veros, y ni dexarme
ir allá, ni vos veniros
acá.

Cond. Negocios bien arduos,
en Berlin me han detenido
mas que pensé. A Dios, Luisa.

Luis. A la mitad del camino

salgo, por veros mas ántes.

Cond. Mucho os agradezco, hijos, ese amor; ¿donde estará, que no la descubro? idos á disponer que comamos, porque luego necesito de descanso.

Luis. Sí, al instante. Ven, mi Felipe.

Cond. Sobrino, ¿sabes tú?::: querido Herman, ¿no me direis:::

Ern. ¿El qué, tio?

Herm. ¿Qué es lo que quereis saber?

Cond. Nada, nada.

Herm. ¡Buen principio! ¿Volvemos ya á las andadas?

Cond. ¡Ay Herman! ay dulce amigo!

Herm. Si empezais con la cancion....

Cond. El cielo quiere...

Herm Delirios: vos sí que quereis llenarnos de afliccion, y consumirnos con vuestra tristeza. No, pues no ha de ser, yo lo fio. O habeis de estar siempre alegre, ó me los llevo conmigo á todos, y os quedais solo.

Ern. ¡Ah señor!....Herman ha dicho

muy bien: sois vuestro verdugo.
Cond. ¡Si supierais mis martirios!
Si alcanzarais el estado
de mi corazon!...
Herm. Decidlo,
y lo sabremos.
Cond. Ni Amelia
parece::: ¡Si habrá ocurrido
algun funesto accidente!
Oh, ¡qué agitacion, Dios mio!
No me atrevo á preguntar
por ella. ¡Infeliz! ¿qué miro?
Ern. ¡Vodmar!
Herm. Todo se ha inmutado.
Cond. Vodmar, ¿vos en este sitio?
Vod. Tened la bondad de oirme
dos palabras.
Cond. No imagino,
que tengais nada que hablarme.
Vod. Y útil quizá.
Cond. Mal reprimo
mi cólera.
Ern. ¿Qué querrá?
Cond. Dexadme. *á los dos.*
Herm. Poco partido
creo yo que ha de sacar
este tronera. Mas digo,
por lo que pueda ocurrir
me quedaré allí escondido.

Ern. ¡Ay Matilde! por tu causa,
con qué de amarguras vivo!
Pero yo te haré felice,
ó seré infeliz contigo.

ESCENA ULTIMA.

Conde y Vodmar.

Cond. Hablad ya.
Vod. Por si incomodo,
seré breve.
Cond. Así lo exîjo
de vuestra cordura.
Vod. Yo amo
á Matilde.
Cond. ¡O Dios, qué he oido!
Vod. Mi honor, mi vida, mis bienes...
Todo es suyo, si consigo,
que vos me otorgueis su mano.
Cond. ¡Me estremezco!
Vod. Yo imagino...
Cond. ¡Vos casaros con Matilde!
Vod. A eso solamente aspiro;
y en cambio os daré una dicha.
Cond. A costa de sacrificio
tal, no la quiero; jamás
será con el gusto mio
vuestra: jamás.

Vod. ¿Y por qué?
Cond. Tampoco puedo decirlo.
Vod. Con que ¿no solo oprimirla
con rigor tan excesivo,
aborrecerla, llenarla
de abatimiento, y conflicto,
y desheredarla al fin,
sino que, por un capricho,
os oponeis á que venga
á ser dichosa conmigo?
Cond. Para proceder así
con ella, tendré motivos;
y vos quizá... ¡Qué iba yo *ap.*
á decir! En fin repito,
que jamás consentiré
tal union.
Vod. Ved que he sufrido
demasiado, y me injuriais
de modo....
Cond. Vodmar, no estilo
satisfacer. Sin embargo,
porque conozcais que estimo
vuestra oferta, os aseguro,
que en el dia no la admito,
porque ni debo, ni puedo.
Vodm. ¿Y no sabré yo el motivo?
Cond. Sed prudente, y respetad
mi secreto. Harto os he dicho. *vase.*
Vod. ¿No hablas tú? pues yo tampoco,

aunque á ese fin he venido:
y una vez que tan resuelto
menospreciar ha querido
la dicha que le ofrecia,
esta noche determino
executar mi proyecto.
No hay otro medio: es preciso
un religioso silencio,
si conservar solicito
la opinion de un tierno padre,
y valerme de este arbitrio,
para precisar al Conde
á que ceda á mi cariño,
sin descubrir el secreto
de Matilde el dulce hechizo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El Conde y Herman.

Cond. ¿Dónde dexaria yo,
estos papeles? Pues ello
no estando en mi gabinete,
en un caxoncito de estos
han de estar. Como ha pasado
tanto tiempo, no me acuerdo
donde quedaron. Herman,

ya os insinué, que tengo
que pasar á esotra quinta;
pero quisiera primero
hablar á Ernés.

Herm. Y bien, qué?
Vamos. Todos son misterios.

Cond. No tardareis en saberlos.
Decidle, que aquí le espero,
que venga.

Herm. Bien, al instante. *Parte.*

Cond. ¿Qué sencillo es el afecto
de Herman? Con él, y mi Ernés,
¡qué dias tan placenteros
viviera yo, á no turbarlos
el miserable recuerdo
de una perfidia! Ella, ella
me hace sufrir un eterno
dolor. Iniqua! malvada!
que mal pagaste el extremo
con que te quise. Y tú, el mas
aleve, infiel y perverso
de los hombres...¿Pero, á qué
á qué traigo sin provecho
á la memoria su crimen?
Orlein, del todo olvidemos
una historia, que nos cubre
de dolor y vilipendio.
Lo que ahora debe ocuparme,
es precaver el despecho
de Vodmar...Sí, miserable!

ignora el triste misterio
que le priva de Matilde,
y ácia el crimen mas horrendo
se encamina ya ; evitarlo
me toca con todo esfuerzo,
y sin descubrir mi oprobio,
yo no sé cómo he de hacerlo.
¡ Ay , que dias tan amargos !
Vaya , no daré con ellos
ahora que los necesito.
Ah, sí : en esta caxa, creo,
que los guardé. Miserable!
que hallo aquí ... el horrible pliego...
No hay duda : su letra es esta.
Este es el escrito fiero,
que envenenó para siempre
mi vida. Y este , no sueño,
este es el retrato mismo
de la infiel , que aquí conservo,
por mi mal. Aquestas son
sus facciones : este , el bello
rostro de aquella muger,
que tan mal pagó mi afecto.
La carta. . .sí : aquí se ven
borradas desde aquel tiempo
con lágrimas de furor
algunas letras.

" Amada Carolina: sospechas, que Or-
,, lein ha descubierto nuestro amor,
,, y para desimpresionarle me rue-

,, gas que me separe de ti. Cedo á tus
,,instancias . . .

Representa. ¡ Perverso !

Lee. ,, Y me alexo de mi patria para siempre.

Representa. Oxalá , vil seductor,
así no lo hubieras hecho,
para que yo con tu sangre
lavara mi agravio.

,, Resuelto á morir de no verte. Te
,, devuelvo el retrato que quitaste
,, al Conde , y me presentaste un
,, venturoso dia. ,,

Negro,
y bien negro para mí.

,, Pues exîges de mí tan amargos sa-
,, crificios en obsequio de tu segu-
,, ridad , recompensámelos, cuidando
,, de la preciosa Matilde, dulce fruto
,, de nuestro amor. ,,

¡ Adúltera ! me arrepiento
mil veces de la piedad
que usé contigo. Este acero,
esta mano te debió
castigar en el momento
de tu culpa , y no fiarlo
al triste remordimiento
de tu corazon.

,, Sobre todo , no olvides jamás

,, á tu invariable y desgraciado
,, Vodmar.
Matilde,
fruto de su amor! Ya veo
¡quán facil es engañar
á un hombre de bien! Ageno
de semejante perfidia
la estrechaba yo á mi seno,
la acariciaba, la daba
con placer el nombre tierno
de hija; y era (¡ay Dios!) mi oprobio.
¿Pero quién previera un hecho
tan atroz? ¿quién dudaria
de aquellos dulces extremos;
de aquel candor y modestia?
Apariencia, ya lo veo,
ficcion, engaño, cautela,
crimen todo. Ya no creo,
que hay fidelidad, pues vi
tal traicion en aquel pecho.
¡Fruto de su amor Matilde!
y vive aun! Yo me pierdo
en tan tristes reflexîones.
¡Inocente! Yo confieso,
que á ti me arrastra una fuerza
irresistible, y que en ciertos
instantes, á tu favor
me habla una voz, que no entiendo;
pero el mundo nos condena

á padecer; no hay remedio,
y tu inocencia y la mia
pagarán agenos yerros.

ESCENA II.

Dicho y Ernés.

Ern. Señor.
Cond. Ven, querido Ernés:
tú eres el único objeto
de placer, que me ha quedado
en el mundo: tú, el consuelo
único de mis desdichas.
Dame esa mano, á mi cuello
te enlaza: estréchame á ti,
y déxame que un momento
descanse en tu corazon.
¿Me amas? di, ¿serás mi tierno
amigo mientras viviere?
Ern. ¿Cómo, amable tio, puedo
dexar de reconocer
los beneficios que os debo?
Cond. No de mi desconfianza
te quexes, Ernés: padezco,
por sola una ingratitud
tantas penas... ¡ay! Me acuerdo...
Ern. Siempre sacrificaré
los mas tiernos sentimientos

á mi bienhechor.

Cond. Pues bien,
ámame ; y de quanto he hecho
y deseo hacer por ti,
me daré por satisfecho.
Creo no serás ingrato,
querido Ernés.

Ern. Antes ruego
á Dios me quite la vida.

Cond. Eso no: no lo deseo.
Vaya, siéntate aquí: dime,
¿te acuerdas...

Ern. ¡Qué amable genio!

Cond. De cierta conversacion,
que los dos tuvimos, yendo
á ver la cerca, que se hizo
en el bosque?

Ern. Bien me acuerdo.

Cond. Pues tienes buena memoria,
porque ya hace por lo menos
seis meses. Ya se ve, no era
para olvidarse tan presto,
una boda tan brillante.
Sin embargo, entonces, creo,
que no escuchaste con gusto
mi propuesta: y aunque atento
á complacerme dixiste
que sí, conocia cierto
disguto... A lo menos tú

caiste entonces enfermo,
y aun no se sabe de qué.
Has visto que en este tiempo
nada te he vuelto á decir
en la materia, temiendo,
que te pusieras peor.
Ya, á Dios gracias estás bueno,
y es necesario tratarlo
con seriedad.

Ern. ¡Quánto tiemblo
este instante!

Cond. Tú ya sabes,
que el partido que te ofrezco
es de lo mas ventajoso,
y de lo mejor del reyno
por su nobleza. Tú sabes
tambien, que por heredero
de mis títulos y haciendas
te he nombrado, con objeto
de engrandecer mas tu casa.
Con que es fuerza resolverlo
en este dia.

Ern. ¡Infeliz!

Cond. ¿Qué dices? yo no te entiendo,
sobrino. ¿Infeliz? ¿por qué?

Ern. Porque recibir no puedo
esa brillante fortuna
que me presentais. Yo debo
abriros mi corazon,

señor ... amo ... ya hace tiempo....
á una jóven...

Cond. ¿A una jóven?
¿Y quién es? Dímelo presto.

Ern. ¡Ay tio!

Cond. ¿Qué tienes? habla.

Ern. Señor, ¡ah! yo no me atrevo.

Cond. Prueba de que tu eleccion...

Ern. Mereciera vuestro aprecio,
si yo...

Cond. ¿Pues de qué recelas?
descúbrela ya.

Ern. No puedo.

Cond. Ni yo faltar á lo dicho.
Ya traté esta boda, y quiero
que hoy mismo se realice.
Por un capricho, yo creo,
que no querrás destruir
mi promesa y tu concepto.

Ern. Proponeis un imposible
tan grande...

Cond. ¿Con que en efecto
estás resuelto del todo
á disgustarme? Ahora veo,
que no hay que buscar en nadie
ni fe, ni agradecimiento.

Ern. Pero señor...

Cond. Todos, todos
me pagan mal.

Ern. Solo os ruego,
que me oygais.
Cond. Déxame, ingrato.
Ern. Eso no, borron tan feo
no manchará mi conducta.
Yo quizá no tendré esfuerzo
para vencer mi pasion;
pero tenerle os prometo
para vivir infeliz,
por daros gusto. Dispuesto
me teneis para ese enlace,
que decis. Fixadme luego
el dia, la hora: ni aun ver
hasta aquel instante quiero
á la que me destineis
para muger; mas todo esto,
con sola una condicion.
Cond. ¿Qué esperas? dila: mi afecto,
¿qué podrá negarte, Ernés?
Ern. Es una verdad. No debo
dudar de que un corazon
tan benéfico, tan bueno,
tan generoso y sensible
oirá en este momento
el clamor de la desgracia
y la razon.
Cond. Pues si eso
dudáras, me agraviarias.
Ern. Hasta aquí fui yo el objeto

de todos vuestros cuidados:
quanto soy y quanto tengo
lo debo á vuestra ternura;
pero, ¡ah señor! yo no puedo
olvidar que vos teneis
una hija.

Cond. Ernés, ¿qué has hecho?
Tú te atreves á nombrarla,
quebrantando mi precepto?
Vete, aléjate de mí;
no me hables ya mas.

Ern. Yo os ruego,
que acabeis de oirme.

Cond. Todo
mi amor perdiste, indiscreto.

Ern. Quando sea así, tendré
la vanagloria á lo menos,
de que le perdí por ser
hombre de honor. Vos á serlo
me enseñásteis, con que no
me reprehendereis por esto.
Quando en mi niñez, señor,
me sacasteis vos del seno
de la miseria, y qual padre
el mas amoroso y tierno
comenzasteis á formar
mi corazon, bien me acuerdo:
" sé honrado, sé virtuoso,
" me deciais, pues sin eso

,, nunca podrás ser felice. ,,
¡Ay! gravé estos documentos
en lo mas hondo del alma,
y serán en todo tiempo
de mí observados. ¿Pues cómo
quereis que cumpla con ellos
si yo nado en la opulencia,
al paso mismo que veo
sumergida en la miseria
á Matilde? ¿Tendré esfuerzo
para admitir unos bienes,
que son, por todo derecho,
de esa infeliz? ¿Podré oirla
gemir en su abatimiento
por mi causa? ¿Podré ver
su indigencia al mismo tiempo,
que yo, á expensas de sus bienes
rio en la abundancia? El cielo
me preserve de tal crimen.
Ya que volverla no puedo
vuestra ternura: ya que
no la haga feliz, al menos
no diga el mundo, que yo
contribuí por tal medio
á su desgracia. Renuncio
el estado lisongero,
á que os dignais elevarme:
renuncio el caudal inmenso
de que pensasteis hacerme

en este dia heredero.
Quiero ser pobre, señor;
pero no ingrato al exceso
de bondad que os he debido.
Quiero ser pobre; mas no
sufrir el dictado horrendo
de usurpador: y en fin pobre
quiero ser; pero no quiero,
que despedaze mi alma
tan atroz remordimiento.
Harto quebranto me cuesta
ver á Matilde, sufriendo
con resignacion el odio
de su padre, sin poderos
reconvenir en su abono.
Vuestra voluntad respeto,
y no hago mas que sentir
el estado en que la veo.
Vos tendreis quizá razones,
aunque yo no las penetro,
para el rigor que mostrais;
pero yo, ¿con qué pretexto
podria justificarme
á la faz del universo?
Vos mismo, señor, vos mismo,
tal vez en ciertos momentos
culpariais mi baxeza,
cambiando el cariño tierno,
que hoy me dispensais, en odio,

indignacion, y desprecio.
No, amado tio, jamás
llegaré yo á merecerlo,
por mal obrar. Perdonad,
si en obrar bien os ofendo,
que vos mismo me enseñasteis,
y he de seguir vuestro exemplo.

Cond. Calla, ingrato.

Ern. Mas lo fuera,
si llegase á complaceros.

Cond ¿Así te atreves á hablarme?

Ern. ¡Ah! sí señor, sé el exceso
de vuestra bondad, y acaso
no tan solamente espero,
que aprobareis mi franqueza;
sino que oireis mis ruegos
á favor de una inocente.
Sí, mi bienhechor, sí, tierno
y sensible padre: ved
el amargo desconsuelo
de Matilde, y la paciencia
con que sufre los decretos,
que fulminais contra ella.
Ved aquel hermoso aspecto
cubierto de una mortal
tristeza: mirad aquellos
vivos ojos, anegados
dia y noche en llanto acerbo,
y no la podreis negar

vuestra compasion. Doleos
de ella una vez; perdonadla
si cometió algun exceso;
y si está inocente, no
la aflixais con vuestro ceño.
En nombre de aquel amor
con que soliais un tiempo
estrecharla en vuestros brazos,
y en sus inocentes juegos
reiros: en nombre, al fin,
de aquel dulce sentimiento
paternal, que aun en las fieras
tiene tan feliz imperio,
os pido por ella. Sea
Matilde feliz, y ofrezco
hacer luego vuestro gusto,
y llenar vuestros deseos.
Yo seré así menos rico;
pero viviré á lo menos
mas tranquilo, y alzaré
mis ojos hasta los cielos,
sin el rubor que acompaña
al cruel remordimiento.

Cond. Basta de osadía, basta,
que sobrado sufrimiento
he tenido ya contigo.
¿Tú, reprobar sin respeto
mi conducta? Tú decirme,
que obro sin harto consejo

contra Matilde? ¿Penetras
por ventura hasta lo intenso
del corazon? ¿Sabes tú
el misterioso secreto
de mi conciencia, ó te toca
juzgar mis procedimientos?
He aquí el hombre: al paso mismo,
que censuramos sin miedo
la conducta de los otros,
no hay en nosotros un hecho,
una razon, que no sea
reprehensible: ¿eres, perverso,
eres tú, quien tanto amaba
al pobre Orleim otro tiempo?
¡Ah! nunca, nunca le amaste:
bien claramente lo veo
por mi desgracia. Lo dicho;
no se halla en el universo
otra cosa: ingratitud,
falacia, perjurio, zelos,
infidelidad... ¡Ay! todos,
todos abusan del tierno
amor de Orleim: hasta Ernés.
Vete, aléjate al momento
de esta casa, que ni verte,
ni mas de ti saber quiero.
No: renuncio ya el placer
de amar, como en otro tiempo,
y ser amado, por no

ver desengaños como estos.
Quiero vivir, y morir
solo ya en el universo,
y abandonado de todos,
pues tú lo quieres.
Ern. Primero
espiraré á vuestros ojos.
Cond. Déxame, vete.

ESCENA III.

Dichos y Herman.

Herm. ¡Qué veo!
Cond. ¿Qué habeis de ver? á un ingrato;
sí, á un ingrato.
Herm. ¿Pues qué ha hecho?
Cond. Quebrantar osadamente
lo que prohibido os tengo:
y sin ver la dolorosa
situacion en que me encuentro,
hablarme con gran descaro...
Herm. ¿De quién?
Cond. De Matilde.
Herm. ¡Cielos!
¿Pero cómo á su favor?
Cond. Acusándome de fiero,
y poco justo con ella,
solo porque mi heredero
le nombro.

Herm. ¿Será verdad?

Cond. Pero yo la culpa tengo.
Si yo no le amara tanto,
no tuviera atrevimiento
de decir que no admitia
la herencia, que de derecho
pertenecia á su prima.
Este es su agradecimiento,
Herman, así pagan todos
mi ternura.

Herm. Vaya, sueño
me parece lo que escucho.

Cond. ¿Qué haces aquí? Vete luego,
y no vuelvas mas á verme.

Herm. No, no os aflixais por eso,
mientras Herman esté aquí.
¿Irse? Vaya, yo no apruebo
tanto rigor: al fin es
un muchacho, y todo el yerro
provino de su honradez.

Cond. Y bien, ¿qué quereis?

Herm. Qué quiero?
que seais mas indulgente
con la juventud.

Cond. Mi tierno
amor, Herman, no merece
esa ingratitud que veo.
Pero en fin, de hoy á mañana
tan solo le doy de tiempo

para resolver : casarse
con la que tengo dispuesto,
y admitir mi donacion,
ó salir de aquí al momento
para no volverme á ver.

Herm. Bien, bien.

Cond. Marcha.

Herm. Ya obedezco.
¡ Ay Matilde ! por ti sola
sufro yo tal menosprecio.

Cond. Yo me voy hasta esa quinta,
como os dixe, Herman; no creo
tardar mucho; pero en tanto...
todo lo sabeis, no tengo
nada que encargaros.

Herm. Bien:
pero estais, segun advierto,
muy agitado, y quisiera,
que no salieseis tan presto.

Cond. A la verdad, que no estoy
muy tranquilo, amigo; pero
es preciso: ¡ah ! si supiesen
lo que en mi interior padezco,
si penetrasen ... en fin,
querido Herman, pronto vuelvo:
á Dios.

Herm. El con bien os traiga.

Cond. A Dios: despues hablaremos.

Herm. Pobre señor, ya se ha ido.

ESCENA IV.

Herman, Luisa y Felipe.

Herm. Ah, Luisa, vete corriendo,
y di á Matilde y á Amelia,
que pueden baxar sin miedo
por un rato.
Luis. Bien, ya vamos.
Herm. ¿A qué los dos?
Luis. Es que hacemos
nuestros recados á medias.
Herm. Sí señora, y aun por eso,
comunmente por hacer
se queda la mitad de ellos.
Fel. Diga vmd., señor Herman,
¿qué gresca ha habido acá dentro
poco ha?
Luis. ¡Qué voces, qué gritos!
Fel. Tio y sobrino.
Herm. Pues creo,
que quando los dos lo oisteis,
no os hallariais muy lexos.
Fel. Guarda Pablo.
Luis. Lo que hicimos,
y sin intencion por cierto,
fué acechar por las ventanas.
Herm. Sí? Pues mirad que os prevengo,

que si hablais una palabra...
Luis. ¡Cómo! Si nada sabemos.
Fel. ¡Qué! no; sino oimos nada. *vanse.*
Herm. ¡Qué lindo par! ¡Mas qué veo!
al fin se dexó aquí el Conde
los papeles. Tal infierno
trae el pobre en la cabeza:
bien que puede ser que de ellos
no necesite. ¡Mi Ernés!
Vaya, el crédito le vuelvo,
y digo que es muy honrado.
Yo, la verdad, mal concepto
tenia formado de él;
pues aunque era de los buenos
su exterior, como uno ha visto
tanto pícaro encubierto
con el exterior de un santo...
¡Oh mi Matilde! Tenemos
mucho que hablar.

ESCENA V.

Dicho, Matilde, y Amelia.

Mat. ¿Y mi padre?
Herm. Acaba en este momento
de marchar hasta esa quinta
inmediata.
Mat. Y viene bueno?

Herm. Sí señora; mas muy triste.
Mat. ¡Ay Herman, qué envidia os tengo!
Le hablasteis, y aun en sus brazos
os estrecharía.
Herm. Cierto:
y harto rato.
Mat. Yo subí
á la azotea con miedo
de que pudiera observarme,
y le ví, mas de tan lexos...
Sin embargo, bien noté
la alegría, y el afecto
con que os abrazaba á todos
quando se apeó.
Herm. Sí, cierto.
Mat. Yo decia.... ¡Quién pudiera
tener la dicha de aquellos!
pero la infeliz Matilde
no la tendrá.
Herm. ¿Qué sabemos?
ya ha habido quien se atreviera
á hablarle de vos, y creo,
que con alguna energía.
Mat. ¿Quién, Herman?
Herm. ¿Quién? el que menos
pensais. Su sobrino Ernés.
Mat. ¡Ernés!
Amel. Amigo, ¿podremos creerlo?
Herm. Pues qué, señora,

¿ tengo cara de embustero?
Mat. ¿ Lo ois, amiga?
Amel. ¿Y supisteis
quál fué de Ernés el intento?
Herm. El mas noble y generoso.
Vaya, si apenas lo creo.
Señor, renunció la herencia,
riñó á su tio el exceso
de rigor, con que os trataba,
y con alhagos, con ruegos,
y aun con lágrimas pidió
por vos al Conde, resuelto
á perder antes su gracia,
que recibir lo que es vuestro
de justicia.
Mat. ¿Veis, Amelia?
yo lo decia: él es bueno,
es sensible, y no podrá
pensar tal mal.
Amel. En mi aprecio
vivirá Ernés desde ahora.
Herm. El Conde de furor lleno
le despidió para siempre.
Mat. ¡Para siempre!
Herm. Sí; mas luego
intercedí yo por él,
y calmó un poco su ceño.
Mat. Hicisteis bien.
Herm. Y tan bien:

como que me hubiera expuesto
á todo, por defenderle.
Conmigo, yo lo confieso,
tienen un grande partido
los hombres de bien. ¿Qué es esto?
¿por qué correis?

ESCENA VI.

Dichos, Felipe, y Luisa asustados.

Luis. Señor, pronto....
acudid... ni á hablar acierto.
Fel. Yo estoy temblando.
Herm. y Amel. ¿De qué?
Fel. Andabamos...
Luis. Sin meternos
con nadie...
Fel. Por el jardin...
Luis. Y acá de parte de adentro,
en la puerta de la cerca
vimos...
Fel. Yo, aun aquí los veo.
Luis. Quatro, ó seis hombres armados.
Fel. Y...yo no sé si mi miedo
me dexaria ver bien;
pero Señor, uno de ellos
me pareció que traia
baxo del brazo un violento

Herm. Vaya, dexa bufonadas.
Amel. ¿Les conocisteis?
Fel. No, ni ellos
querian.
Luis. Si todos traen
mascarillas.
Herm. Vamos presto
á exâminar el jardin.
Fel. Sí señor; pero primero
no será malo juntar
quince ó veinte compañeros,
por si acaso....
Herm. Eres un mandria.
Fel. Sí señor, desde pequeño
padezco esa enfermedad.
Herm. Vaya, ven.
Amel. Pronto volvemos,
Matilde.

ESCENA VII.

Matilde, y despues el Conde.

Mat. ¿Qué podrá ser?
¿Qué intentarán? Solo temo
por mi padre y por Ernés.
Ernés! ah! Solo á él debieron
compasion mis penas. Solo
su corazon tuvo esfuerzo
para atropellar el órden

de mi padre, anteponiendo
mi alivio, á su conveniencia.
Pero gravaré en mi pecho
su fineza, y mientras viva
tendrá mi agradecimiento.
¡Infeliz! ¿dónde huiré?...
mi padre... Salir no puedo...
¿En qué parte me podria
ocultar?

Cond. No los encuentro;
sin duda ... ¡que distraccion!
los dexé... ¡Buen Dios! ¡qué veo!

Mat. ¡Perdon, padre mio! *cae.*

Cond. ¡Hija!...
Ola, Herman, Felipe... ¡Cielos!
Luisa, Cárlos... ¡Santo Dios!
Hija, Matilde... ¡El respeto
ó el gozo la ha transtornado!
¡Qué hermosa es! Si la vuelvo
á ver... No, no triunfará
de mí... Pronto.

ESCENA VIII.

Dichos, Herman, Amelia y Luisa.

Herm. ¡Pues! hacernos
recorrer todo el jardin
tontamente. Y bien, ¿que es ello?

Amel. ¡Oh, qué accidente!
Cond. Llevad
á Matilde á su aposento,
y estimaré que se cumplan
desde hoy mejor mis preceptos.
¿Ois, Herman? *vase.*
Herm. Ya oye Herman;
pero que no haya misterios.
Luis. ¡Habrá Neron! Vaya, yo
no estoy aquí ni un momento.
Amel. ¡Paciencia! Ven, criatura
desventurada.
Luis. Ya creo
que vuelve en sí.
Mat. Ya no está.
Amel. Amiga.
Mat. Sería sueño.
Amel. Venid, Matilde.
Mat. Llevóse
toda mi esperanza el viento. *vase.*

ESCENA IX.

El Conde, Herman y Felipe.

Cond. Ya se fué.
Herm. Pero es posible...
Fel. Señor, con todo secreto,
vuestro amado Ernés está
un caballo previniendo,

y cerrando una maleta.
Cond. ¿Qué dices?
Fel. Un Evangelio.
El me encargó que callara,
y por lo mismo os lo cuento.
Cond. Id, Herman, y sin tardanza
decidle, que aquí le espero.
Herm. Ya se vé; vos le estrechais
de modo, que...
Cond. Id corriendo.
¿Qué iria á hacer? ¡Mentecato!
dexar á su verdadero
amigo, á su padre... ¿y qué
por ventura afear debo
su proceder? No, no hay duda,
él piensa bien, y no debo
culparle yo.

ESCENA X.

Dichos, Herman que conduce á Ernés.

Herm. Aquí está ya
el desertor.
Cond. ¡Indiscreto!
¿así pagas mi cariño?
Tú sabes mi desconsuelo,
ves lo que te estimo, ¿y tratas
de abandonarme el momento

en que necesito mas
de tu amistad ? No hiciera eso
el mas extraño del mundo.
Ern. ¡ Ah señor !

ESCENA ULTIMA.

Dichos , y Luisa consternada.

Luis. Señor , corriendo,
acudid.
Cond. ¿ Qué hay ?
Herm. ¿ Otro embrollo ?
Cond. Habla , pues.
Luis. Que los perversos
que estaban junto á la cerca,
entraron al aposento
de Matilde , ahora , ahora,
por la ventana. .. yo tiemblo
como una azogada.
Ern. ¡ Ay triste!
Luis. Y el señor Vodmar, con ellos.
Cond. ¿Vodmar , y qué ?
Luis. Que arrastrando,
y casi muerta. . . .
Ern. ¡ Qué espero !
Cond. ¡ Dios mio !
Luis. Se la llevaron.
Cond. ¡ Infelice ! Ve corriendo,

Felipe , y convoca gente.
Fel. ¿Era fábula ?
Herm. ¿Y qué hacemos
nosotros ?
Cond. Malvados , ¡ ah !
Vamos , Ernés , de tu esfuerzo
lo fio todo : á mis brazos
la vuelve : sí , yo no quiero
vivir si pierdo á Matilde.
Soy padre , y amarla debo.
Ern. Seguidme, que aunque el malvado
se oculte en los hondos senos
de la tierra , ó ya morir,
ó traerosla prometo.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Matilde en una silla de brazos, con el cabello descompuesto, y como volviendo de un desmayo. Amelia junto á ella. Luisa arrodillada. Felipe á un lado observando con inquietud. Herman procurando acercar al Conde ácia Matilde, quando ella fixa en él alguna mirada. Ernés y el Conde entran con la mayor agitacion, y varios criados en el foro con armas y luces.

Amel. Valor, amiga.
Luis. Señora...
En el bufete habrá dos bujias encendidas.
Herm. Pagarán la picardía
que han hecho.
Ve aquí, Matilde,
Tu libertador.
Mat. Su vista
calma mis penas: Ernés.
Ern. Hice, lo que hicieron todos,
en defensa de una vida
tan preciosa.

Herm. ¿A qué viene eso?
Matilde, á su valentía
lo debeis todo. ¡Si vierais
qual embistió á la quadrilla
de pícaros, que os llevaba,
y qué ligeros huian
de sus tajos y reveses!
Nosotros alguna riza
hicimos tambien. Ya veis,
nos llevaban la alhagita
de la casa, con que, digo,
para que de la familia
hubiera alguno cobarde.
Pero la verdad se diga,
sino por Ernés::: ¿quién sabe
lo que esa canalla haria
con vos? A bien, que en el Silo
está toda la gavilla
con guardia doble.
Amel. ¿Y Vodmar?
Herm. A ese con gran cortesía
le hice atar de pies y manos,
y en la dispensa de arriba
está con dos centinelas.
Cond. Apenas se haga de dia,
es necesario dar cuenta
del suceso á la Justicia
de esa aldea, para que
con todo rigor se siga

su causa.
Herm. Sí, sí, á mi cargo
queda eso; y á fe mia,
que me las han de pagar.
Cond. Vos, llevad á::: vuestra amiga,
donde pueda recobrarse
del susto.
Amel. Sí, vamos hija.
Ern. Ya habeis visto lo que á todos
interesa vuestra vida,
y así os ruego que cuideis...
Mat. Infeliz, ¿qué es lo que miran
mis ojos?
Herm. ¿Estais herido?
Cond. Como, ¿herido? ¿Tú deliras?
A ver, sobrino.
Ern. No es nada,
señor, con mi espada misma:::
Cond. Pronto: ve sin perder tiempo
á tratar de:::
Ern. No::: os estima
mi humildad ese cuidado;
pero no se necesita,
puesto que apenas rompió
la punta el cutis.
Cond. Creia...
Amel. Retiremonos de aquí,
Matilde.
Ern. Desearia,

que no olvidaseis mi ruego.
Mat. Señor, pues todos afirman,
que os debo la vida á vos,
como vuestra, mas que mia,
procuraré conservarla,
por seros agradecida.
Y Dios quiera, no la cerquen
tantas penas y desdichas,
como hasta aquí.
Cond. ¡Quál me encanta
su modestia!
Fel. ¡Pobrecilla!
¡Con quánto miedo se acerca
á su padre!
Mat. Yo queria:::
señor:::
Cond. ¿Qué?
Mat. Poder pagaros
la piedad, que en este dia
tuvisteis conmigo.
Cond. A Dios:
No hay corazon que resista *ap.*
á su virtud.
Fel. Ya el Neron
está mas humano, Luisa.
Luis. Sí, sí, y aun no la ha mirado.
Amel. Ernés, vuestra bizarría
vivirá siempre en el alma.
Mat. ¡Ay Amelia! la alegría,

que me da hallar á mi primo,
de mi parte, me la quita
el ver, que de mí se aparta
mi padre, y que no me mira.

Amel. Vamos, que yo algun consuelo
llevo.

Herm. Vamos, señorita,
no hay que temer, que ya he puesto
guardas de noche y de dia
en vuestro quarto: sí, sí:
que á la verdad sois muy linda.

Cond. ¡Que el fruto de un crimen pueda
ser tan bello! ¡Ay Carolina!
¡Ay Vodmar! ¡Almas perversas!
No hay remedio; el honor insta,
y es fuerza por conservarle,
cometer una injusticia. *ap.*
Ahora, Ernés, ve á descansar
un poco de la fatiga
pasada, porque ya es tarde,
y en verdad lo necesitas.

Ern. Si supiera no estorbaros,
mucho mas placer tendria
en acompañaros.

Cond. Bien:
si mi compañía estimas
mas que el descanso, en buen hora.
Mi amigo ¿os dormis?

Herm. Cosquillas

me hace el sueño ya.
Cond. Mañana,
si dexamos concluida
cierta cosa, dormiremos.
Herm. Pero ¿tendreis prevenida,
para que no nos durmamos,
alguna historia bonita?
Es que si no, yo no fio
de esta modorra.
Cond. Desdichas
podré contaros.
Herm. Pues no,
esas no se necesitan
saber.
Cond. Herman, por razones,
que ya es forzoso que diga
á todos los de esta casa,
debo alejar de mi vista
á Matilde para siempre.
Ern. ¡Triste de mí!
Cond. Me lastima
su situacion: mas vereis,
que no está en mí, el redimirla.
Pero sí, proporcionarla
medios, para que subsista
con decencia; á cuyo efecto,
para mientras ella viva
la hago donacion formal
de la posesion mas rica,

que tengo en mis bienes libres,
que es aquella hermosa quinta,
donde vivió con Amelia.
No es todo lo que querria;
Mas sí, quanto puedo hacer
á su favor este dia.
La amo, sin poder gozar
jamás la pura delicia
de manifestarla yo
mi ternura. Herman, decidla
lo que querais de mi parte:
y disponed su partida
para luego que amanezca.
Pero por Dios, no me aflija,
con quererme ver. No, no,
de ningun modo: sería
para mí, mayor tormento:
demasiado se contrista
mi corazon. Aquí Herman
teneis la escritura. Mira,
Ernés, no me angusties mas.
Ven conmigo. ¡Ah, se me olvida,
dadla este abrazo::: Llevadla
estas lágrimas::: decidla:::
lo que querais. A Dios. ¡Ah
vil Vodmar! Ay Carolina!

Ern. Triste Matilde!

Herm. Quedamos
bien lucidos, á fe mia,

despues de tantos misterios
y trabajos. ¡Pobre chica!
vaya, que para mi genio
me ha dexado una bonita
comision, mi amigo Orleim.
No señor, que se lo diga
quien quiera. Pues está bueno:
No hay mas, que segun se explica,
debo yo de tener cara
de llevar malas noticias.
¿Y á qué será esto ahora?
Quando yo me persuadia,
que las penas de Matilde
del todo se concluian,
salimos con esta droga.
Pues: si: Matilde y su amiga
cabalmente.

ESCENA II.

Herman, Amelia, y Matilde.

Amel. No está, entrad.
¿y el Conde?
Herm. Qué sé yo.
Amel. Estima
mi amistad, vuestra respuesta.
Mat. Señor Herman, sentiria
haberos incomodado.
Herm. Pues en verdad, señorita,

que por vos paso unos ratos:::
vuestro padre ya delira,
y quiere que deliremos
todos.
Amel. Resuelta venia
Matilde, á hablarle.
Herm. Sí? Pues
buena ocasion escogia.
Amel. ¿Pues qué hay?
Mat. Decidnos, Herman.
Herm. El Conde manda que os diga,
os vayais de aquesta casa,
apenas apunte el dia.
Mat. ¿Adónde, Herman?
Herm. Al desierto
mismo donde antes viviais.
Mat. ¡Triste de mí!
Amel. ¿Sola?
Herm. Eso
no; con su Amelia querida
Amel. ¿La causa?
Herm. No sé, señora.
Lo cierto es, que él da á su hija
los molinos, y la hacienda,
que compete á aquella quinta,
con los ganados que el Conde
mantiene en sus cercanías,
como dice esta escritura.
Demas á mas os envia

su pesar: aqueste abrazo...
Amel. ¿Qué haceis?
Herm. Qué? Lo que me intima
el Conde. Si vos le vierais,
qual lloraba y se afligia!
Mat. ¿Lloraba?
Herm. Como un muchacho.
Amel. ¿Pues quién, á apartar le obliga
á Matilde de su lado?
Mat. Decid, ¿qué culpas me privan
del cariño de mi padre,
y su amable compañía?
Herm. El confesó, que os amaba:
dixo, que os compadecia:
que sentia mas que vos
esta ausencia repentina:
en fin, lloró, que es la prueba
mejor de que está su hija
en su gracia, y en su amor.
Mat. Eso solo en mis desdichas
puede consolarme.
Herm. ¡Oh!
yo lo creo. Ernés, aprisa
¿qué tenemos? ¿Se ha mudado
el ayre? Malas noticias
nos da esa cara.
Ern. Señoras,
vengo de hacer quanto inspira
el tierno amor, que profeso

á mi desgraciada prima,
en favor de su inocencia;
pero...
Herm. Nada, eh?
Ern. De mi vista
se apartó ahora, llenando
de lágrimas mis mexillas,
y estrechándome á su seno,
me dixo: " Ernés, tú lastimas
" mi corazon; pero es fuerza
" alejar ya de esta quinta
" á Matilde, aunque los dos
" lo sintamos. "
Herm. El delira;
lo dicho.
Ern. Os ama Matilde:
lo he visto, y ahora me admira
mas su proceder.
Amel. Ya es fuerza
resolver, Herman.
Ern. Querida
Matilde, al fin para siempre
dexais nuestra compañía,
y quedará el triste Ernés
á padecer mientras viva
el tormento de no veros.
Mat. Por lo menos las caricias
de mi Padre gozareis,
y el mal de la ausencia mia,

aliviareis en su seno.
Mas ¡Ay! de la que su vida
ha de pasar apartada
de aquello que mas estima,
sin la esperanza siquiera
de volverse á ver un dia
entre vosotros.

Ern. Yo os juro,
que si todas mis porfias
no enmiendan vuestro destino,
renunciaré quantas dichas
la fortuna me presente,
partiendo con alegría
á hallarme en vuestros quebrantos.
¡Y oxalá, amase mi prima
á Ernés, como Ernés la ama!
que entonces tal vez unidas
sus voluntades:::

Mat. Acaso:::
si no os amase::: seria
menos mi mal.

Ern. Pues Matilde,
nuestros males se rediman
de una vez: dadme licencia,
para que nuestra sencilla
inclinacion, vuestro padre
sepa por mí, y que le pida
vuestra mano. Su ternura
me la otorgará, y cumplida

se verá nuestra esperanza;
y quando á la instancia mia
se niegue, renunciaré
los títulos, conque aspira
á elevar á su sobrino:
renunciaré sus caricias
y riquezas: nada quiero,
si del mayor bien me priva:
teniéndoos á vos, tendré
quantos bienes y delicias
se encierran en la virtud.
No seremos ricos, prima;
pero seremos felices,
aunque á costa de fatigas
busque nuestra subsistencia.

Mat. Como no exciteis las iras
de mi padre::: como él
no se disguste ó se aflija:::

Herm. El Conde: Matilde, Amelia,
partid.

Amel. Pero bien:::

Herm. Aprisa:
luego hablaremos.

ESCENA III.

Conde, Herman y Ernés.

Cond. No puedo
descansar. La compañía,
la soledad, todo aumenta
mi dolor: todo contrista
mi corazon. No hay remedio;
por mucho que lo resista
mi honor, ya es fuerza que sepan
este misterio. Ve, avisa
á Amelia: díla que baxe
al instante con tu prima.
Ern. Está bien.
Herm. ¿Hay otra nueva
providencia?
Cond. Hay mil desdichas,
Herman. Vaya ¿habeis ya hecho
lo que os dixe? Ved, que el dia
va llegando, y es forzoso...
Herm. Bien, se hará.
Cond. ¡Quál se contrista
tambien! y quizá entre sí
mi proceder acrimina
como todos. ¡Ah! bien pronto
verán quanto es excesiva
mi bondad con esa jóven!

sí: si en callarlo se obstina
mi rubor, daré lugar
quizá á un crimen, que horroriza
mi corazon. Yo no debo
ni puedo estar á la vista
siempre de Vodmar; y acaso,
como no tiene noticia
de tan funesta aventura,
podrá conseguir un dia
lo que hoy intenta.

ESCENA IV.

Conde y Cárlos.

Carl. Señor?
Cond. ¿Qué? despacha.
Carl. Yo queria...
Cond. ¿Qué?
Carl. Pediros...
una cosa
Cond. ¿Quál es? dila.
Carl Mi castigo; pero cuenta
que sea grande.
Cond. ¿Deliras?
Carl. No, señor, el que la hizo
páguela, pese á su vida.
Cond. Pues tú ¿qué has hecho?
Carl. ¿Qué? dar
una llave que tenia

de la puertecita falsa
á Vodmar: por ella misma
conducir con gran sigilo
á él, y á toda su quadrilla
á la ventana de el quarto,
en que está la señorita,
y ayudarles á robarla.
Soy un pícaro, á fé mia;
pues sin mí nada intentára
el baron.

Cond. ¿Qué te movia
á hacerme á mí tal traicion?

Carl. El creer que aborreciais
á la señora Matilde:
el ver que la pobrecita
pasaba tantos trabajos,
y que sus estados iban
á ser la herencia de otro;
ya se vé me persuadia
que el baron, (como que él mismo
me lo juraba) seria
su esposo, y que los trabajos
de la pobre acabarian,
y esto me obligó á ayudarles.
Toma, y aun creí que hacia
una cosa muy laudable:
señor, por Dios, que no sirva
de disculpa. Haced que me ahorquen,
y no haré otra bastardía.

Cond. ¡Qué bondad! ¿con que lo hiciste,
por remediar las desdichas
de Matilde?
Carl. Pues si no,
aunque me dieran las Indias,
no diera yo tal disgusto
á mi amo.
Cond. Lo creo: cuida
de servir bien, que ya tienes
mi perdon.
Carl. ¡Con qué alegría
os serviré! No haya miedo,
que haga yo otra picardía.
Fel. Señor, con muchas instancias,
un momento solicita
veros, el señor Vodmar.
Cond. Sí: no será su venida
inoportuna. Traedle
con la precaucion precisa:
fuerza será que él tambien
sepa la deshonra mia,
para que huya del peligro.
Ya vienen: ¡quál me palpita
el corazon!

ESCENA V.

Conde, Ernés, Amelia y Matilde que salen por la izquierda, y Hernan por el centro.

Ern. Aquí estan.
Herm. Vaya, vamos, tanta prisa:
ya está todo prevenido.
Mat. ¿Qué será?
Herm. Alguna salida
como suya.
Ern. ¡Oh Dios! ¡qual tiemblo
este momento!
Cond. Hace dias
que estais extrañando todos
mi conducta, relativa
á la inocente Matilde.
Y en verdad que no me admira:
porque obrar con tal rigor
un padre con una hija,
y mas tan irreprehensible,
es cosa muy poco oida;
y aunque no ha llegado á mí
hasta hoy la menor noticia
de vuestro resentimiento,
sé muy bien, que me acriminan,
porque hice á Ernés mi heredero,
desheredando á la que, hija
creen del Conde de Orleim,

Herm. ¿Cómo, que creen?
Mat. Amiga,
¿lo oisteis?
Cond. Sí, Herman: Matilde...
Ern. Qué, señor?
Cond. No es hija mia.
Mat. ¡Buen Dios!
Herm. ¿Soñais?
Cond. Ojalá,
y menos padeceria.
Este, Herman, era el misterio
que veces tan repetidas
quise revelar, y al alma
mi propio honor le volvia.
Amel. ¿Será creible?
Herm. Yo estoy
absorto.
Amel. Pues si yo misma...
Cond. Llegad, Vodmar.

ESCENA VI.

Vodmar, Felipe, Luisa y los dichos.

Ern. Ya murió
toda la esperanza mia.
Cond. Llegad, que aunque vuestro exceso
mi atencion no merecia,
yo quiero oiros; mas antes

dexando la bastardía,
que hicisteis para otro juicio,
pues mi conciencia me obliga
á ello, sabed, que Matilde,
ni que yo muera ni viva,
jamás casará con vos.

Vod. Sí casará, si atendida
mi razon...

Cond. Pretendeis un
imposible, y... Pues me obliga
vuestro teson á hablar claro,
sabed (qual se mortifica
mi pundonor!), que Matilde
es vuestra hermana.

Mat. Desdichas,
¡qué es esto!

Vod. ¿Y es ese, todo
el reparo?

Herm. Niñería,
¿es verdad?

Vod. Seguramente.

Luis. Vaya, es loco de por vida.

Vod. ¿Con que si no fuera eso,
conmigo la casariais?

Cond. Nada perdiera en hacerlo.

Vod. Pues leed. *dándole una carta.*

Cond. ¡Buen Dios! la firma
y letra son de Vodmar.
„Yo muero, y solo me acompaña

„al sepulcro el triste arrepentimiento
„de mi culpa. Perdon, Orleim, per-
„don, y quizá me le otorgará tam-
„bien un Dios terrible y justiciero.
„Tu esposa es inocente: yo la ama-
„ba, y prefirió tu mano á la mia: pa-
„ra vengar este desprecio, procu-
„ré adquirir por una suma el retrato
„suyo, que hice llegar á ti con una
„carta, que suponia escribirla, y que
„me produxo entonces el placer de
„que fuera deshonrada á tus ojos.“
¡Qué crimen, Dios mio!
„y que desconocieses á tu hija. Per-
„don otra vez, Orleim, y..muero.„
¡Hija!

Herm. ¡Habrá pícaro!

Cond. ¡Matilde!

Mat. ¡Padre!

Cond. Perdon, hija mia,
de quanto por mí sufriste.
Y tú, tierna Carolina,
perdon tambien, pues fuí causa
de tu muerte, y tu ignominia.
Pérfido Vodmar! ¡qué daños
me ha causado tu malicia!
¡qué amargura derramaste
en mi inocente familia!
Pero en fin, la religion

insta por ti; sí, me intima
que te perdone, y lo hago
sin violencia en este dia
de placer. Cara Matilde,
ya ves que toda esta dicha
la debemos al Baron.
Te ama, como ves tú misma,
y tu mano le he ofrecido.
Pero pues está en tu misma
eleccion tu bien, ó mal:
decide tú. Me holgaria
fuese á su favor, mas no
contra tu gusto.

Ern. ¡Ay querida
Matilde! yo te he perdido.

Cond. Habla.

Mat. Señor...

Cond. ¿Qué, vacilas?
él tiene un derecho grande.

Mat. Pero, Vodmar. .

Vod. Señorita,
teneis razon: es un loco.
Orleim, ya que en este dia
debeis hacerme una gracia,
sea casar con su prima
á Ernés, pues sé que se quieren.
Gozen ambos esta dicha
por mí, y en vez de exêcrarme,
me apreciarán mientras vivan.

Cond. Sea si vos lo quereis.
Mat. Padre...
Ern. Señor...
Cond. Hoy cumplidas
se ven todas mis ideas.
Herm. Abrazad. ¿Quereis que os diga
lo que siento? No os creí
capaz de tal bizarría.
Ern. Heroyco Vodmar.
Vod. Dexemos
pataratas, y que vivan
los novios.
Los 3. Vivan.
Cond. Por vos
tengan tambien este dia
libertad esos malvados,
y quedese en esta quinta
sepultado su delito,
y la horrorosa perfidia
del muerto Vodmar, pues ya
aunque tarde las desdichas
de la Matilde de Orleim
con tal placer finalizan.

FIN.

